

Mas la muerte de tan digna esposa afligió de tal manera á Admeto que, campadecido Hércules, bajó por ella á los infiernos, la sacó de ellos á pesar de Pluton, y la volvió á los brazos de su esposo.

Lo que ha dado fundamento á esta fábula es que Aceste, hermano de la princesa, declaró la guerra á Admeto, á quien venció, y llevaba prisionero para sacrificarle á su venganza. La generosa Alceste pudo conseguir su libertad poniéndose en lugar suyo. Aceste llevaba á su hermana á Yolcos con el designio de matarla, cuando Hércules, solicitado por Admeto, fué en su persecucion, le alcanzó al otro lado del rio Aqueronte, le quitó á Alceste, y la volvió á su marido.

LOS MARTIRES.

SUMARIO.

Llegan Demódoco y Cimodocea á Arcadia.—Encuentran un anciano en el túmulo de Aglao de Sófis, que los conduce al campo donde hacía la siega la familia de Lastenes.—Cimodocea reconoce á Eudoro.—Demódoco descubre que toda esta familia era cristiana.—Costumbres de los cristianos.—Oracion de la noche.—Llegada de Cirilo, Obispo de Lacedemonia, confesor y mártir.—Pide á Eudoro la relacion de su historia.—Cena.—La familia y los estrangeros van despues de la cena á sentarse en el vergel que riega el rio Alfeo. Cimodocea, instada por su padre, canta al son de su lira.—Canta en seguida Eudoro.—Las dos familias van á tomar el descanso.—Sueño de Cirilo.—Oracion del santo Obispo.

CANTO II.

I.

En este mismo tiempo Faetonte
Principiaba á dorar con luz brillante
Poco á poco la cúspide del monte.
Pero viendo á Evemón que va delante,
Zeloso de su gloria, al horizonte
Sus caballos agita, y al instante,
Remontando su coche á el alto cielo,
Deja atrás al que rueda por el suelo.

II.

Mas luego sus caballos fatigados
 Del esfuerzo que han hecho, no pudiendo.
 Sostenerse mas tiempo remontados,
 Van con igual impulso descendiendo.
 Ya del alto zenit precipitados,
 Las orillas del mar iban lamiendo,
 Cuando Evemón con diligencia activa
 A los confines de la Arcadia arriba.

III.

En Figaléa un noble descendiente.
 De Agapenór que en Troya comandára
 Los Arcadios, ofrece complaciente
 Al antiste de Homero y su hija cara
 Aquella noche hospicio conveniente.
 Demódoco al principio rehusára
 Por pasar adelante, mas Anceo
 Le hace al fin acceder á su deseo.

IV.

Sus hijos corren luego apresurados
 A desuncir las mulas espumantes
 Y á conducir las á pastar los prados
 Que riega el Neda, frescos y abundantes.
 Al mismo tiempo en baños separados
 Se limpian el sudor los caminantes.
 Fina túnica y manto primoroso
 Viste Anceo á su huésped obsequioso.

V.

Un javalí del bosque de Erimanto
 En sacrificio es ofrecido luego
 En honra del gran Hércules; y en tanto
 Que parte de él se quema en sacro fuego,
 Y que del semi-Dios se entona el canto,
 Con la alabanza intercalado el ruego,
 Las partes de la víctima restantes
 Se distribuyen á los circunstantes.

VI.

Demódoco recibe triplicada
 Porcion, en miramiento al sacro estado,
 A la edad y prudencia consumada
 Y el obsequio debido al convidado.
 Anceo le presenta una dorada
 Copa de vino añejo perfumado,
 Que va de mano en mano, y la alegría
 Derrama en la apasible compañía.

VII.

Demódoco no puede sin embargo
 De este placer gozar enteramente,
 Que una idea le turba y hace amargo.
 Pensando que no ha dado conveniente
 Satisfaccion á Eudoro, se hace cargo
 De su tardanza misma, é impaciente
 Porque su clara luz vuelva la aurora
 Un siglo se figura en cada hora.

VIII.

Apenas hubo aquella esclarecido
Con sus primeros rayos el Liceo,
Las mulas Evemón habia uncido.
En vano detenerlos quiere Anceo.
Parte el carro veloz con grande ruido
Y atravesando el cristalino Alfeo,
Con igual rapidez costea un monte,
Y llega á las orillas de Ladonte.

IX.

Un antiguo sepulcro allí se alzaba
Que las Ninfas habian rodeado
De gruesos olmos; dentro reposaba
Aquel Arcade pobre que, dotado
De la virtud, en dicha superaba
Al rey de Lidia rico y afamado (1).
Aquí en dos el camino se partia.
Y á sitios diferentes conducia.

X.

Evemón se detiene titubeante
No sabiendo el camino verdadero;
Mas alzando los ojos ve delante
Un hombre entrado en años que ligero,
Viendo el carro parado y vacilante,
A Demódoco llega: "Viajero!
"El camino, pregunta, habeis perdido,
"O á buscar á Lastenes sois venido?"

XI.

Demódoco responde: "No saliera
"Tan oportuno el Dios del caduceo
"A Príamo al encuentro cuando fuera
"Al campo de los hijos de Peleo.
"Oyendo tu pregunta, no pudiera
"Dudar de tu saber: sí; yo deseo
"Hablar á ese Lastenes respetable,
"A tí solo en prudencia comparable."

XII.

El incógnito entonces: "Aquí al lado
"Su habitacion teneis, solo ocultada
"Por la cerca que veis en el collado.
"Ahora su familia está ocupada
"En la siega del trigo en el cercado.
"Mas venid, os suplico, vuestra entrada
"Va á producir en todos á porfia
"El contento mas grande y alegría."

XIII.

Luego él mismo tomando por el freno
Las mulas, á la cerca va guiando
Con marcha apresurada; un valle ameno
Atravesan la margen costeano
Del Ladon que por él corre sereno;
A la próxima cerca al fin llegando,
Una barrera se abre por donde entran,
Y á la familia trabajando encuentran.

XIV.

Toda ella se junta en el instante
Y viene á recibir al extranjero,
El contento pintado en el semblante.
El guia de Demódoco el primero
A una muger de edad que ve delante:
“Esposa, dice, en tono placentero,
“Demos gracias á Dios que nos envia
“En estos viajantes la alegría.”

XV.

“Cómo! esclama Demódoco aturrido;
“Eres Lastenes tú de ilustre nombre,
“Y yo, pobre de mí, no lo he advertido!
“¿Cómo juegan los dioses con el hombre,
“Y burlan su saber! Pero vestido
“Con traje tan modesto, no te asombre
“Si el siervo te he creído, á los senderos
“Destinado á acoger los viajeros.”

XVI.

“Gran Lastenes, prosigue, y vos, prudente
“Madre del noble Eudoro, parecida
“A la muger de Ulises emimentel
“Este os habrá contado la acogida
“Que mi hija tuvo en él, cuando en la fuente
“La encontró por los Faunos distraida.
“Enseñadme ese jóven, yo os lo ruego,
“Que estrechar en mis brazos pueda luego.”

XVII.

Eudoro estas palabras escuchaba
A espaldas de la madre colocada;
Los ojos bajos; la una mano daba
A la hermana menor puesta á su lado.
Lastenes le responde: “Yo ignoraba
“Lo que dices, pues nada me ha contado
“De ese extraño suceso; pero ahí tienes
“El hijo que preguntas de Lastenes.”

XVIII.

Demódoco se queda confundido
Sin pronunciar palabra. ¿Es posible,
Se dice para sí, que este haya sido
El que venció á Carrausio tan terrible,
El famoso Tribuno esclarecido
De la legion Británica invencible,
Y el amigo del César predilecto?
¿Este zagal de tan sencilló aspecto!

XIX.

Mas vuelto en sí del estupor primero,
“O héroe! prorrumpió! yo debería
“Conocer por tu talle aquel guerrero
“Cuyo nombre la Fama nos envia.
“Una copa te traigo que prefiero
“Al diamante y rubí de mas valia,
“Por su mérito y arte mas que humano:
“Recíbela, suplico, de mi mano.”

XX.

“¡O jóven á los dioses semejante!
“Meleagro no fuera mas hermoso
“Cuando encantó los ojos de Atalante,
“¡Madre dichosa! ¡padre venturoso!
“¡Mil y mil veces mas feliz la amante
“Que participe el tálamo glorioso!
“Si la virgen por tí en el bosque hallada
“No estuviera á las Musas consagrada.....”

XXI.

Oyendo estas palabras del anciano
Los jóvenes sintieron conmovido
Su corazon, que ya ambos de antemano
Se habian mutuamente conocido.
Eudoro respondió: “De vuestra mano
“Gustoso aceptaré y agradecido
“Esa copa de vos tan estimada,
“Si no está de los ídolos manchada.”

XXII.

Luego invita Lastenes cortesmente,
En tanto que en el cielo el sol tenian,
A sentarse al raudal de clara fuente.
Las hermanas de Eudoro entretegian,
Sentadas junto al padre jovialmente
Coronas y guirnaldas que debian
Servir para una sacra ceremonia,
Que el pueblo fiel celebra en la Laconia.

XXIII.

De allí un poco á lo lejos se avistaban
Los rastrojos dorados y recientes
En que los segadores levantaban
Torres de blancas mieses. Complacientes
Varios haces en pos de sí dejaban
A las espigadoras diligentes (2).
Al lado de las garbas en dos cestas
Dos niños reposaban de una de estas.

XXIV.

“¡Feliz huésped! esclama el extranjero:
“Yo te veo vivir aquí la vida
“De Nestor el divino. Soy sincero:
“Jamás recuerdo escena parecida
“Sino es la que en las armas del guerrero
“Aquiles por Vulcano fué esculpida.
“¡Que mieses tan maduras y abundantes!
“¡Que esclavos tan activos y arrogantes!”

XXV.

“Esclavos no, Lastenes le responde:
“Y no permita Dios que á nadie prive
“De una prenda que á todos corresponde.
“Nuestra ley sacrosanta lo prohíbe.
“La esclavitud no dice bien en donde
“La libertad mi espíritu concibe,
“Que en todos con su imagen viva y clara
“El soberano Criador grabára.”

XXVI.

El Pontífice entonces: “Ya comprendo
“Que la verdad la Fama nos digera,
“Estas palabras últimas oyendo.
“Mas, siendo de los dioses mensagera,
“¿Podria ella mentir? Pero no entiendo
“Cómo Júpiter justo concediera
“A quien se achacan tantas impiedades
“Tantas riquezas y felicidades.”

XXVII.

Lastenes le contesta: “Los cristianos
“No son unos impíos, ni tampoco
“Justos ó injustos vuestros dioses vanos.
“Yo al verdadero Dios tan solo invoco.
“Si mis campos prosperan en las manos
“De esta familia, y la abundancia toco,
“Débolo á la intencion pura y sencilla
“Con que al supremo Ser sirve y se humilla.”

XXVIII.

“Mi esposa, ahí la teneis, él me la ha dado:
“Yo solo la pedí amistad constante
“Y hasta ahora en nosotros ha reinado.
“Mis hijos ya los veis tambien delante.
“Los demas bienes con que me ha colmado,
“Mis manos los reparte al caminante,
“A los pobres, gentiles ó cristianos,
“Que á todos considero como hermanos.”

XXIX.

En esto el sol brillante descendia
Sobre el Fólce sublime al horizonte
De Olimpia, y un instante parecia
Suspendido en la cumbre de aquel monte.
Con plateada luz esclarecia
Los bosques del Alfeo y del Ladonte.
El aire al mismo tiempo silencioso
Deja las verdes ramas en reposo.

XXX.

Entonces los criados sus labores
Sueltan, y la familia en el momento
Se dirige á la casa, los señores
Con los siervos mezclados. El contento
Se pintaba en aquellos labradores
Suspendido del hombro su instrumento,
Y animando los toros que arrastraban
Los carros que del peso rechinaban.

XXXI.

Habiendo á la morada así llegado,
Entran en un gran patio donde estaban
Las cortes y tinadas del ganado;
Y en donde las colmenas derramaban
Un olor aromático; mezclado
Con el dulce perfume que exhalaban
Las ubres de la vaca que volvia
Del pasto acompañada de su cria.

XXXII.

En el medio el brocal se ve de afuera
De un pozo, en cuyos postes se enlazaba
Con varios nudos verde enredadera;
A cada lado un aloé se alzaba,
Y por cima de todo una noguera
Sus ramas poderosas ensanchaba
Que del viento resisten los vaivenes:
Plantárala el abuelo de Lastenes.

XXXIII.

En este patio apenas han entrado,
Una campana (3) suena: en el instante
Lastenes se arrodilla, acompañado
De todos sus domésticos, delante
De una gran cruz de piedra, y con pausado
Acento y gravedad en el semblante
Pronuncia la plegaria vespertina,
Y humilde hacia la cruz su frente inclina.

XXXIV.

Luego entran en la casa, y placenteros
Preparan el festin. Primeramente
Presentan dos domésticos ligeros
En vasos de metal agua caliente
Para lavar los pies los extranjeros (4).
Una hermana de Eudoro diligente
Baja á una fresca cueva embovedada,
De licores y viveres colmada.

XXXV.

Allí en varios estantes se veía
El Odre del aceite delicioso
Que el Atica abundante producía;
Los toneles con vino generoso,
El saco que la harina contenía,
La miel de Creta, el queso mantecoso,
La perdiz y el conejo que en el monte
Ha cazado Lastenes del Ladonte.

XXXVI.

Luego llena la jóven presurosa
Una urna de aquel vino confortante
Que da la isla de Quío tan famosa.
Los domésticos ya en el mismo instante
Habian preparado en la espaciosa
Cámara de los ágapes (5) brillante
Dos grandes mesas de ébano, cubiertas
Con blancos panecillos sobre espuertas.

XXXVII.

El manjar de familia es presentado:
La legumbre, raíz, fruto escojido;
Despues el ave, el barbo delicado
De la laguna Estínfala; añadido
De repente, en obsequio al convidado,
Es un cabrito tierno que ha mordido
Apenas los madroños del Alfeo
Y el cítiso del valle Melenéo.